

bemos juzgar que habiéndonos confesado bien una sola ocasion, ya nada mas tenemos que practicar para mantenernos en el camino de la virtud. Nos explicaremos con toda claridad con un ejemplo que reservamos para la leccion de mañana, porque ya nos hemos alargado en esta lo suficiente, y el punto de que nos ocupamos es digno de ser tratado con estension, como que es de los mas interesantes de la moral, y por decirlo asi, acaso de él solo depende toda la economia de nuestra salvacion, pues sabiendo vencer las tentaciones, todo lo demas es fácil.

—————▶▶▶▶▶◀◀◀◀—————

DIA VEINTE Y DOS.

San Paulino, obispo.

San Paulino fué natural de Burdeaux de Aquitania, y nació en el año 358 de una familia bastante distinguida. Muy niño se le puso á estudiar con el célebre literato Ausonio, en cuya escuela hizo los mayores progresos, especialmente en la elocuencia y poesía, y en el estudio de la jurisprudencia. Siendo ya joven, casó con una doncella española llamada Terasia, de muy noble y opulenta cuna, en cuya compañía observaba una vida irreprochable, que junto con su gran literatura le adquirieron tal concepto, que de veinte y cinco años de edad fué hecho cónsul del imperio, y á los veinte y siete gobernador de Campaña.

Entre tanto, Paulino no era mas que catecúmeno; pero iluminado por Dios, desembarazándose de los negocios seculares, y preparándose antes con el ayuno y oracion, recibió el bautismo en Burdeaux de mano del obispo San Delfin, y se retiró á España á fines del año 389. En ese reino le nació un niño, fruto de su matrimonio, que tuvo el dolor de ver morir á los ocho dias, y despues guardó perpetua continencia con su esposa Terasia, muger de tanta virtud, que mereció los elogios de San Ambrosio, San Agustín y otros santos. No se conformaron ambos consortes con renunciar á los placeres licitos de su estado, sino que distribuyeron sus bienes entre las iglesias y los pobres; y despues de haber viajado por

diversos lugares de España, fijaron su residencia en Barcelona, viviendo allí en el retiro y humildad:

En esta ciudad se vió obligado Paulino á ordenarse de sacerdote, por la violencia que le hizo el pueblo, sumamente edificado del ejemplo de sus virtudes; pero el nuevo carácter no sirvió sino de aumentar su humildad, persuadiéndose mas que antes, de que era indigno de acercarse á los altares. Asi es que tratando de huir de toda clase de dignidades, se retiró á Italia á servir en la iglesia de San Félix de Nola, y allí formó con otros siervos de Dios una especie de comunidad bajo su direccion, en la que se vivia con suma pobreza y austeridad, ayunando, orando y practicando todos los ejercicios de la vida monástica. Paulino era el modelo de todos aquellos varones espirituales: sus penitencias, sus vigiliias, y sobre todo su profunda humildad y mansedumbre, le adquirieron mayor reputacion de santidad, que la de su mérito en el siglo. Visitáronlo en aquel retiro los mas grandes obispos de Italia y de las Galias, entre otros San Nicetas, y no pocos de la Africa y de la Iliria solicitaron su amistad por escrito. El papa Anastasio se formó tal concepto de su heroica virtud, que no solo le dió las muestras mas particulares de su aprecio y benevolencia, sino que escribió en su recomendacion á los obispos de Campaña.

A fines del año 409 murió el obispo de Nola, Paulo, y nuestro Santo se vió obligado á ocupar la silla episcopal. En esta nueva dignidad resaltó mas su virtud. Nada alteró de su pobre y austera vida, y las rentas de su iglesia fueron destinadas esclusivamente al socorro de los necesitados. Su autoridad solo se conocia cuando trataba de corregir los vicios, y con una bondad paternal encendia los corazones en el amor de Jesucristo, mas que con su frecuente predicacion, con su eficaz ejemplo: así es, que muy pronto se vió florecer en su diócesis la pureza de las costumbres y la santidad en todas las clases del estado.

Pero donde mas se dió á conocer su espíritu verdaderamente evangélico, fué en la irrupcion de los vándalos en la Campaña. No solo fué el consuelo de todas sus ovejas, defendiéndolas de la barbarie de los invasores, sosteniendo su fé entre tantas persecuciones y socorriendo las necesidades á que la hambre y las guerras habian reducido á la Campaña, sino que no contento con emplear

todos sus bienes en el rescate de los prisioneros, se vendió asimismo para rescatar al hijo de una viuda que habian llevado cautivo al Africa: sacrificio heroico que premió el Señor, haciendo que los bárbaros le concediesen la libertad de otros muchos cautivos, junto con la suya, y lo volviesen á Nola con algunos bajeles cargados de trigo para su pueblo.

San Paulino se ha hecho tambien notable por su correspondencia con el gran padre San Agustin, quien le dedicó su famoso libro *Del cuidado de los muertos*, respondiendo á una consulta que le habia hecho. Escribió tambien nuestro Santo por su parte varias cartas al mismo Santo doctor y á otros distinguidos sugetos, en que se echa de ver no sólo la pureza y elevacion de su estilo, sino su profundísima humildad, su dulzura y mansedumbre.

Ultimamente, sintiéndose Paulino acometido de una violenta pulmonía, como tres días antes de su muerte lo hubiesen pasado á visitar dos obispos vecinos suyos, ofreció en su compañía el agusto sacrificio de la misa por modo de viático, y retirándose en seguida á su aposento, empleó aquel corto tiempo que le quedaba de vida, en arreglar varios negocios importantes de su iglesia. Algunos momentos antes de su muerte tembló su cuarto; los asistentes atemorizados se postraron en el suelo, y en este intervalo entregó nuestro Santo su espíritu al Criador el 22 de Junio de 431, á los setenta y ocho años de edad. Su muerte fué generalmente sentida de todos, aun de los infieles y judíos. Sepultóse su cuerpo en la Basílica que él mismo habia hecho construir en honor de San Félix, y sus reliquias se veneran el día de hoy en Roma, en la iglesia de San Bartolome.

La Eptstola es del Apóstol San Pablo en el capítulo VIII de la segunda á los corintios.

Hermanos: Bien sabeis cual haya sido la liberalidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo rico se hizo pobre por vosotros, á fin de que vosotros fueseis ricos por medio de su pobreza. Y así os doy consejo en esto como cosa que os importa; puesto que no solo ya lo comenzareis á hacer, sino que formasteis el designio de hacerlo desde el año pasado. Pues ahora cumplido de hecho; para que así como nuestro ánimo es pronto en querer, así lo sea tambien en ejecutar, segun las facultades que tenéis. Porque si la vo-

luntad está pronta, es acepta, no exigiendo sino lo que uno puede, y no lo que no puede. Que no se pretende que otros vivan con comodidad y vosotros con tribulacion, sino que haya igualdad; su- pliendo al presente vuestra abundancia la necesidad de los otros, para que tambien su abundancia supla á vuestra indigencia: de donde resulte igualdad, segun está escrito: El que recogia mucho no se hallaba con mas; ni con menos el que recogia poco.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas. (Pág 18).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais pequenía grey; porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros el reino. Vended lo que poseis, &c.

MEDITACION.

Sobre la obra especial del Hijo de Dios, que es la reparacion de nuestra naturaleza.

Considera que aunque la obra de nuestra reparacion se hizo por la voluntad del Padre celestial que nos dió á su Hijo para ello, y cooperando el Espíritu Santo á quien especialmente se atribuye la obra de la encarnacion, y el complemento de la misma redencion por la aplicacion que de ella hace á las almas, mediante la gracia con que las santifica; con todo, como el mismo Hijo de Dios fué el que se hizo hombre, y padeció y murió para salvarnos, y como en toda su obra lo que resplandeció principalmente fué su sabiduría, con especialidad se le atribuye, y se confiesa por obra suya nuestra redencion. Habiendo de redimirnos y reparar nuestra naturaleza por una sapientísima combinacion de obras y empresas, todas admirables y solo capaces de desempeñarse por quien fuese Dios y Hombre verdadero, solo en Jesucristo que lo es, se encuentra el verificativo de esta empresa y de esta obra divina, sin que por ello escluyamos al Padre y al Espíritu Santo; pero si conozcamos que el Padre nos redime por su Hijo, y el Hijo por sí personalmente, que el Espíritu Santo coopera; pero el Hijo opera, esto es, obra nuestra redencion.

Considera que dando Jesucristo toda su sangre y su vida por nuestra redencion, adquirió sobre nosotros un título mas de dominio, sobre el que ya tenia como nuestro Creador; pues redimiéndo-

nos de nuestra esclavitud, nos compró al precio infinito de su sangre: título es este tan fuerte, que él solo basta para hacerlo dueño absoluto de nuestro ser redimido. No dió su sangre al pecado ni al demonio; porque ni el pecado ni el demonio son, ni pueden ser nuestro dueño; pero sí la dió á la justicia de su Padre; porque por el pecado habíamos caído bajo el cetro tremendo de la justicia vengadora de Dios, y de su ira santa nos libertó por su misericordia. Para el efecto nos da un nuevo ser espiritual por una nueva regeneración, que es la del bautismo; y por ella este segundo Adán se constituye nuestro Padre, y nos hace hijos suyos y de su Esposa la Iglesia. En ella nos nutre y alimenta con el Sacramento de su Cuerpo y Sangre, y provee á todas las necesidades de nuestra vida espiritual con los demás Sacramentos. Hé aquí reparada por Jesucristo nuestra naturaleza; y hé aquí conrada por nosotros la obligación mas sagrada de ser del todo suyos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Una obra tan grandiosa, y que tanto ha costado al Dios Hombre debe surtir un efecto grandioso, y traerle todo el fruto de su sacrificio. Por aquí calcularemos cual debe ser nuestra correspondencia. No lo es ciertamente una conversión á medias ni una vida imperfecta. Tratemos, pues, de convertirnos á Dios de todo corazón, y de emprender con resolucion y fervor una reforma verdadera, y una virtud sólida y constante; y pidamos al Señor el buen éxito de nuestra empresa.

JACULATORIA.

Ven á redimirnos, Señor, en el poder de tu brazo.

LECCION.

En que continúa la de ayer sobre los remedios de las tentaciones.

Quedamos ayer pendientes de un ejemplo con que demostrar la causa por qué los que se confiesan de tarde en tarde sacan tan poco fruto de sus confesiones, sin embargo de que esta medicina sea eficazísima para sanarnos de nuestros males espirituales y fortalecernos contra ellos: hé aquí el ejemplo; si un hombre de contestura

débil y muy propenso á enfermarse con el mas ligero motivo, pasa su vida desvelándose, repletándose unas veces de comida, otras trasapándose de hambre, en el frío, en el calor, en la lluvia, y esponiéndose á todos los agentes que podian producir en él las enfermedades, y de consiguiente á cada momento las padeciese, ¿se contentaria con ocurrir solo una vez al año al médico, aunque fuera el primero entre todos, y las medicinas que le aplicara las mas selectas? Si tomada la medicina y restablecido de sus males volviera á su antiguo modo de vivir, ¿os admiraríais de que recayese? De ningun modo. ¿Tendria este hombre nécio motivo para quejarse de poca ciencia del médico, ó de ineficacia de la medicina? Ciertamente que no. ¿Pues por qué extrañais que recaiga en sus enfermedades espirituales, y no tenga fuerza para resistir los males de donde provienen, que son las tentaciones, el que solamente se confiesa y recibe la Eucaristía cada año? Nuestras almas son enfermizas por causa del pecado original, y necesitamos comenzar á medicarnos desde que nacemos, aplicándonos el bautismo: sanamos de aquella enfermedad, pero nos quedan muchas reliquias de ella. es preciso que sostengamos esa primera curacion con otras medicinas: entre todas es la mas saludable la de los santos sacramentos de la penitencia y comunión. Pero ¿queremos que pasando toda nuestra vida en diversiones, en juegos, en banquetes, en ocasiones peligrosas no nos enfermemos? ¿Queremos que andando siempre sin precaucion alguna entre gentes apesadas por el pecado no nos contagiemos? En fin, ¿queremos que no viendo, no oyendo, no respirando sino incentivos de pecar, no delincamos?

¿Nos admiraremos ahora del poco fruto de las confesiones tardías? ¿Nos admiraremos de que recaiga el penitente, aunque se haya confesado como es debido, cuando lo vemos que no abandona su antiguo modo de vivir? Y ¿qué será si esa confesion anual se ejecuta sin disposicion de parte del que la hace? Vivimos entregados á los vicios todo el año; no deseamos enmendarnos, sino continuar sumergidos en ellos. Pero llega la cuaresma, es necesario confesarse y comulgar por no dar que decir, porque nos estrechan á ello nuestros padres ó superiores, ó por alguna otra mira temporal: vamos á cometer un sacrilegio. ¿Tendremos razon para asombrarnos de que estas confesiones y comuniones sacrílegas no produzcan un buen resultado? Lo que deberia asombrarnos es que no se

ahorquen en un árbol como Judas los que se atreven á insultar de ese modo á Jesucristo: lo que debería sorprendernos es la infinita misericordia de Dios que dilata el castigo de esos monstruos: lo que debería llenarnos de asombro, de respeto, de gratitud y de confianza en su bondad, es que no solo no nos castigue por crímenes tan horrendos, sino que nos dé tiempo para enmendarnos, nos envíe sus auxilios, y esté pronto para recibirnos con los brazos abiertos. Esto si es digno de admiracion, y no el que saquen poco fruto de sus confesiones los que las hacen de tarde en tarde, ó que se aumente la maldad de los que las hacen sacrílegas.

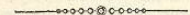
La otra clase de personas á quienes de nada sirve la frecuencia de sacramentos, es la de aquellas que la practican, pero sin disposicion alguna. A esta clase de personas podemos aplicar casi todo lo que hemos dicho de las anteriores. Frecuentamos los sacramentos por dar gusto á nuestros padres ó superiores, por cumplir con los estatutos de la corporacion á que pertenecemos, y tal vez por una hipocresia cierta y comedida, ó por lo menos encubierta; ¿y queremos que unos sacramentos recibidos de este modo, produzcan efectos saludables? Muchos se confiesan á menudo; si no movidos por alguna de las causas indicadas, mas bien por costumbre que por el deseo de mejorarse. Ni éstos ni aquellos pueden jamas dar á sus confesores una cuenta exacta de su conciencia, unos por malicia, otros por negligencia, segun la causa que los mueve á confesarse; en los primeros por sentido que ha de faltar el dolor de los pecados, el propósito de la enmienda, y las mas veces aun la integridad de la confesion. Los segundos, aun cuando procuren actuarse por un corto rato para formar el dolor y el propósito, y aunque no falten á la integridad necesaria para la confesion, es decir, que despues de examinados con prudencia no callen advertidamente ninguna culpa grave, no ministran al sacerdote una justa idea de su genio, inclinaciones y pasiones dominantes, y por lo mismo aquel será necesario que adivine para poder darles reglas fijas y seguras que los preserven de caer en el pecado. Muchas veces aun la reincidencia en una culpa puede no ser fundamento seguro para que el confesor juzgue que en ella consiste la pasion dominante, ó que el genio, carácter, complexion del penitente sean favorables á aquel vicio; porque puede un hombre, en virtud de algunas circunstancias, cometer con mas frecuencia pecados que no sean de la especie

que lo dominan con preferencia. Tampoco, pues, debemos admirarnos de que no veámos resultados felices en la segunda clase de personas de que hemos hablado. Pasemos á la tercera.

Los que se confiesan con las disposiciones debidas, los que procuran impedir á la culpa todos los caminos por donde podia insinuarse, ¿están por ventura libres de las tentaciones? No ciertamente; pero hagamos distincion entre sentir las tentaciones y vencerlas. Esto es sin duda mucho mejor que estar enteramente libre de aquellas. Un gran maestro de espíritu tiene por señal cierta y segura de la predileccion con que Dios protege á una alma, el que permita que sufra fuertes tentaciones. Este es un camino de hacernos merecer ejercitando nuestra paciencia, y de perfeccionarnos en la virtud. El virtuoso que se encuentra combatido de aquellas, es mas vigilante en el servicio de Dios, mas cauto en las ocasiones, mas dedicado á practicar todas las obras buenas que puedan ayudarle á vencer las tentaciones, en fin, es mas virtuoso de lo que seria si no las padeciera; nosotros no debemos alarmarnos porque las sentimos, algunas veces nos será esto de gran provecho, como lo fué para San Pablo.

Véamos, pues, como no es buen argumento contra la frecuencia del sacramento el que reincidan en el pecado los que confiesan de tarde en tarde, los que lo hacen á menudo, pero sin disposicion, y que ni aun los que con la debida disposicion reciben aquellos se libren de las tentaciones. Es sin contradiccion alguna el mejor medio para vencerlas el frecuentar la penitencia y sagrada Eucaristia: no nos cansaremos de inculcar esta máxima en los corazones de nuestros lectores. No desmayemos en el uso de tan exquisito medio, aun cuando alguna vez quedemos vencidos. Ningun género de vergüenza nos embarce recurrir inmediatamente á nuestros confesores. Si éstos son sábios, prudentes y virtuosos, están muy lejos de asombrarse de que despues de muchos años de ejercitarnos en la virtud y aun en la penitencia, incurramos en alguna falta. ¿No vimos á San Pedro negar á su divino Maestro en su presencia? ¿Pues de qué nos sorprendemos cuando nosotros lo negamos con nuestras culpas? No debemos, por tanto resfriarnos, y menos despecharnos entregándonos al vicio, creyendo impracticable la virtud ó que nos cansamos en vano, porque al fin hemos de inquirido cuando mas confiados estábamos en que ya eramos virtuosos. En esto

mismo puede esconderse alguna soberbia ó vanidad. Acaso tendríamos algun vicio ó culpa que no conociamos, y nuestro Dios amoroso permitió que la tentacion prevaleciera, retirándonos por un momento sus auxilios, para que descubriéramos y conociéramos aquel defecto que sin nuestra caída jamas habíamos echado de ver. Es en cierta manera un favor extraordinario de Dios el que nos advierta nuestra falta aun con daño de su servicio. Nuestra gratitud debe por lo mismo aumentarse entonces, y el propósito de no ofenderlo, dolernos al punto de todo corazon de nuestro pecado, humillarnos, pedirle con mas instancia su divina gracia, y renovar con una firme resolucion la frecuencia de sacramentos.



DIA VEINTE Y TRES.

San Zenon y Santa Agripina, martires.

SAN ZENON.

Al principio del imperio de Maximiano, residia en Filadelfia de Arabia, de donde era natural, un soldado de ilustre familia, que tenia por nombre Zenon, el cual era cristiano en su creencia, y de unas costumbres tan puras que no desdecían de ella. Era por lo mismo generalmente estimado en el ejército, y tenido por uno de los militares mas valientes en la campaña, mas sumisos á sus gefes, mas bien disciplinados y de la mejor conducta.

Como se hubiera tratado de solemnizar por Máximo, presidente de la Arabia, el primer año del imperio de Maximiano, con varias fiestas públicas, se determinó precediesen á ella ciertos sacrificios, á cuyo acto se mandó asistir á todo el ejército. Zenon se presentó al templo; pero en vez de tributar culto á los idolos como los demas, reconvino al presidente por aquel acto supersticioso, declarando delante de toda la concurrencia no haber otro Dios verdadero que el que adoraban los cristianos. Irritado Máximo de aquella confesion, que tomó por un insulto, lo hizo azotar allí mismo con nervios de animales, ordenándole en seguida se llegase él solo á ofrecer incienso ante uno de aquellos simulacros. Acercóse Zenon á la ara, y dando un puntapié al idolo lo arrojó al suelo; lo que de tal suerte encendió la cólera del tirano, que mandó descoyuntarlo

*Santa Agripina Mártir.**La Natividad de S. Juan Bautista.**Santa Febronia Virgen y Mártir.**Santa Lucía Virgen y Mártir.*

en el potro, que rociasen las llagas que tenía de los azotes recibidos con sal y vinagre, y lo condujesen á una prisión cargado de cadenas.

Ejecutóse la orden, y noticioso un esclavo de nuestro Santo, llamado Zenon, de lo que habia pasado, corrió á la cárcel, y abrazando tiernamente á su señor, besaba sus cadenas y lo animaba á perseverar fielmente en la fé hasta la muerte. Dió parte el carcelero al presidente de esta nueva ocurrencia, é irritado éste de aquella accion piadosa y cristiana, dispuso llevasen á los dos confesores á su tribunal, para vengar aquel ultraje á sus dioses, ó hacerlos abjurar su religion. Presentáronse Zenon y su esclavo ante el juez; y con el mayor fervor no solo declararon ser cristianos, sino que se pusieron á dar las pruebas de la divinidad de Jesucristo; lo que viendo Máximo, dejando á un lado los medios suaves que se habia propuesto usar, mandó azotar nuevamente á Zenon, que le aplicasen láminas encendidas al pecho y costados, y lo levantasen en alto atándole piedras de sumo peso á los piés.

Entre tantos tormentos, ni se rendia Zenon, ni vacilaba su fiel criado, antes uno y otro insistian en su confesion, desafiando el último al tirano á que complase en él su rabiá, como lo hacia con su querido amo; de lo que encolerizado Máximo, mandó fuesen arrojados ambos á una grande hoguera, cuya llama se hizo nutrir con aceite para hacerla mas voraz. Todos los circunstantes creyeron que iban á quedar aquellos cuerpos hechos cenizas; pero como viessen con asombro que despues de mucho tiempo permanecian los Santos sin sufrir la menor lesion, comenzaron á conmoverse á vista de una maravilla que daba á conocer la omnipotencia del Dios de los cristianos; y temeroso Máximo de un tumulto, hizo sacar del fuego á San Zenon y á su esclavo, dando orden de que en el acto les cortasen las cabezas. Así se ejecutó, y de esta suerte volaron al empíreo aquellos esforzados mártires el 23 de Junio, dia en que hace mencion de ellos el martirologio romano.

Santa Agripina.

Santa Agripina, que floreció en el tercer siglo de la iglesia, fué natural de Roma, y una de las jóvenes mas virtuosas de esa ciudad. Desde muy niña emprendió una vida ejemplar, dedicándose

totalmente al servicio de su divino esposo; y no contenta con emplearse ella sola en servirlo y amarlo, exhortaba á cuantas la visitaban, á ofrecer al Señor su virginidad, como ella lo habia hecho, apartándose de los vanos placeres del mundo, para lograr en el cielo ser compañeras del Cordero inmaculado. Con estas exhortaciones, animadas con su ejemplo, formó en su casa una reunion de vírgenes á quienes presidia en union de su hermana Santa Basa, empleándose todas en alabar continuamente al Señor.

Por este tiempo el emperador Valeriano, cruel perseguidor del cristianismo, tuvo denuncia del cielo con que aquella santa muger atraía á las personas de su edad y sexo, á abrazar una vida tan opuesta á la licencia del paganismo, y creyendo seria un triunfo suyo si lograrse hacerla apartar de su creencia, mandó se la presentasen en su palacio. Luego que la tuvo delante, intentó con mil halagos, promesas y adulaciones, hacer que ofreciese públicamente sacrificio á los dioses del imperio; pero como las respuestas de la Santa manifestasen su constancia, y lo distante que se hallaba de darle gusto, la hizo conducir á la cárcel, creyendo que este primer castigo la amedrentaria, y suavizaria lo que él llamaba capricho mugeril.

A los pocos dias hizo la condujesen de nuevo á su presencia; y mirando que cada vez se hallaba Agripina mas firme, mando la pusiesen en el potro, la azotasen con la mayor crueldad, atándola á un poste hasta que muriese á la violencia de los golpes. Entre tantos tormentos quiso el cielo socorrerla, y un ángel la desató de la columna en que se hallaba ligada fuertemente. El emperador quiso persuadirla á que aquel prodigio lo debía al favor de sus dioses, de lo que burlándose Agripina, de tal suerte se irritó Valeriano, que despues de haberle hecho sufrir otros dolorosos martirios se retiró, ordenando la degollasen, como se verificó.

Su hermana Santa Basa, y sus compañeras Paula y Agatónica, testigos de su martirio, tuvieron modo de sepultar su cuerpo en un oratorio privado, dedicado á San Pablo, y despues de algunos dias condujeron sus reliquias con sumo secreto para darles mas honrosa sepultura.

Embarcáronse con este fin; pero un admirable olor que salia de la urna descubrió aquel precioso tesoro á los que iban en la nave, milagro que convirtió á muchos gentiles, mucho mas cuando sin

dirigirse á las costas de Sicilia, se hallaron repentinamente en ellas. Abordaron allí, y noticioso el clero de lo que habia pasado, salió á recibir aquel regalo que les venia del cielo, y llevándola con toda veneracion á la ciudad mas inmediata, lo colocaron en la iglesia de San Jorge, donde el Señor hizo muchas maravillas, que acreditaron bastante lo agradable que le habia sido aquella su fiel esposa.

La Epístola es del capítulo I del profeta Jeremías.

En aquellos dias me hablo el Señor, diciendo: Antes que yo te formara en el seno materno, te conocí; y antes que tú nacieras te santifiqué y te destiné para profeta entre las naciones. A lo que yo dije: ¡Ah, ah, ah, Señor Dios mio! Bien veis que yo no sé hablar, porque aun soy niño. Y me replicó el Señor: No digas soy niño; porque tú ejecutarás todas las cosas para las cuales te comisioné, y todo cuanto yo te encomiende que digas, lo dirás. No temas la presencia de aquellos á quienes te enviaré, porque contigo estoy yo para sacarte de cualquier embarazo, dice el Señor. Despues alargó el Señor su mano y tocó mis labios, y añadióme el Señor: Mira, yo pongo mis palabras en tu boca: hé aquí que hoy te doy autoridad sobre las naciones y sobre los reinos para desarraigar y destruir, y arrasar y disipar, y edificar y plantar, dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo I de San Lucas.

Siendo Heródes rey de Judea, hubo un sacerdote llamado Zacarías, de la familia de Abía, y su muger, llamada Isabel, era del linaje de Aaron: Ambos eran justos á los ojos de Dios, guardando como guardaban todos los mandamientos y leyes del Señor irreprehensiblemente; y no tenian hijos, porque Isabel era estéril, y ambos á dos de avanzada edad. Sucedió, pues, que ejerciendo Zacarías las funciones del sacerdocio en orden al culto divino por su turno, le cupo en suerte, segun la costumbre que habia entre los sacerdotes, entrar en el templo del Señor á ofrecer el incienso; y todo el concurso del pueblo estaba orando de parte de afuera durante la oblation del incienso. Entonces se le apareció á Zacarías un ángel del Señor, puesto en pié á la derecha del altar del incienso; con cuya vista se estremeció Zacarías, y quedó sobrecogido de espanto. Mas el ángel le dijo: No temas, Zacarías, pues tu ora-

cion ha sido bien despachada; y tu muger Isabel te parirá un hijo, á quien pondrás por nombre Juan, el cual será para tí objeto de gozo y de júbilo; y muchos se regocijarán en su nacimiento: porque ha de ser grande en la presencia del Señor. No beberá vino ni cosa que pueda embriagar, y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, y convertirá á muchos de los hijos de Israel al Señor Dios suyo: delante del cual irá él revestido del espíritu y de la virtud de Elfas, para reunir los corazones de los padres con los de los hijos, y reducir los incrédulos á la presencia de los justos, á fin de preparar al Señor un pueblo perfecto.

MEDITACION.

Sobre la obra del Espíritu Santo que es la justificación de las almas.

Considera que aunque la justificación de las almas es obra de las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad que comunican su gracia á las almas, se atribuye especialmente al Espíritu Santo, porque en él y por él nos justifica nuestro soberano Dios Trino y Uno, y porque esta divina Persona fué especialmente enviada por el Padre y el Hijo á la nascente Iglesia, esto es, á los apóstoles y discípulos que estaban congregados en el cenáculo esperando su venida: venida que les habia anunciado y prometido Jesucristo nuestro Señor, y que tuvo efecto á los diez dias de la Ascension del Señor, apareciendo el divino Espíritu bajo el signo de lenguas de fuego que se asentaron sobre las cabezas de los Apóstoles y discípulos para llenarlos de luz de conocimiento, purificar sus almas, y colmarlos de dones y gracias con que pudiesen plantear la Iglesia de Cristo. Así tambien se infundió el Espíritu Santo bajo signos sensibles una y otra vez, en los que con la predicacion apostólica se convertian y confesaban la fé, y así tambien se nos infunde en sus dones con las aguas del bautismo, y en la gracia con que nos justifica cuando nos arrepentimos de nuestras culpas, siendo en todo el resultado saludable la santificacion de las almas. Por eso la Iglesia denomina al Espíritu Santo *santificacion*.

Considera que esta obra del Espíritu Santo, que es la santificacion de las almas, llena y perfecciona la obra del Padre, y la obra del Hijo: pues si no nos justificara, de nada nos serviría haber sido creados, y de nada haber sido redimidos: la justificacion es la que

hace feliz nuestra existencia, y la que nos aplica el beneficio inestimable de la redencion. ¿Y de cuánto mérito es en sí misma la justificacion? Un solo grado de gracia tiene un valor infinito, porque es nada menos que una participacion de la misma naturaleza divina, comunicada á nuestras almas por un modo que se llama de similitud ó semejanza, porque en Dios es increada esta naturaleza; pero á nosotros se nos comunica por una gracia creada, en la que sin embargo se nos da con real y fisica participacion. Así tambien se nos da con la gracia la caridad, participada del amor divino, y á este modo en suma nos comunica el Espíritu Santo sus dones, sus virtudes, sus frutos y bienaventuranzas, así como sus gracias gratis dadas; pues *todo don perfecto y dádiva excelente desciende del Padre de las luces*, como dice el Apóstol Santiago, y se nos comunica por el Espíritu Santo. Por eso llama la Iglesia á este divino Espíritu *comunicacion*.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Comunicaos á mi alma ¡Oh Santo Espíritu! y enriquecedla con los bienes sobrenaturales que corresponden al nuevo ser de gracia que le habeis dado. ¡Ah! yo he perdido y desaprovechado mucho; pero vuestros tesoros son ingotables. Tambien sé que vuestra voluntad es de inmensa latitud, y vuestra liberalidad incomprendible. Esto reanima mi esperanza y vigoriza y alienta mi oracion con el propósito del aprovechamiento, que es indispensable; pues tambien sé que si no os duele dar en abundancia vuestros dones, si os duele verlos desestimados y desaprovechados.

JACULATORIA.

Vivícame, Señor, según tu palabra.

LECCION.

Acerca de otros remedios para vencer las tentaciones.

Habiéndonos ocupado en las lecciones anteriores del primero y mas eficaz remedio contra las tentaciones, que es la frecuencia de sacramentos, nos entretendremos en la presente de otros que tambien nos producirán efectos admirables. Sea el primero la humildad. Esta virtud debe darnos á conocer lo que somos, miseria, flaqueza y nada mas; puede decirse que los dos polos en que se sostiene todo el edificio de la virtud, consisten en la desconfianza de

nosotros mismos, y en la confianza en Dios. El hombre es impotente, Dios poderosísimo: nada hay que resista á su omnipotencia. Tan gran necedad es confiar el hombre en sus propias fuerzas, como desconfiar de las de Dios. Lo primero es efecto de una soberbia ridícula, lo segundo de una pusilanimidad y falta de fé criminales. Así como la fé nos enseña quien es Dios, la humildad debe darnos á conocer quienes somos nosotros. En dos tiempos pueden atacarnos con mas vehemencia las tentaciones; al principio de nuestra conversion, ó despues de convertidos. El demonio, á quien la esperiencia ha hecho en extremo astuto para atacar á las almas, unas veces lo ejecuta al principio para impedir que entren en el camino de la virtud; otras se hace como del desentendido, y nos deja comenzar para combatirnos despues con mejor suceso; segun el carácter del individuo, así se vale del uno ó del otro arbitrio. A los génios cobardes y espantadizos, pone á la entrada de la senda de la virtud montes de dificultades, presentándoselas como insuperables: á los génios fuertes y resueltos deja comenzar, mas despues los ataca vigorosamente para hacerles creer que sus esfuerzos son inútiles, y que por mas que trabajen al fin han de venir á ceder, procurando infundirles un desaliento estremado, tomando por pretesto cualquiera caída, por pequeña que sea, ó la misma vehemencia de la tentacion; y como la carne es un enemigo tan unido á nosotros, se vale de ella para conseguir su intento.

La humildad es un gran preservativo contra este género de tentaciones. El que está persuadido de lo escaso de sus fuerzas y de la grandeza de las de Dios, no se espanta de dificultades ningunas al entrar en la carrera de la virtud. Por enormes que sean los obstáculos que el demonio le presente, todos desaparecen al infinito poder del Altísimo. Si las tentaciones vienen despues de la conversion sucede lo mismo; aun cuando nos vemos casi sofocados con la tentacion, clamemos á Dios; y mientras mas fuerte es aquella, mas completo esperamos que sea el triunfo del Omnipotente. Si por desgracia incurrimos en alguna falta, esa caída se vuelve en cierto modo contra nuestro tentador; porque no sirve de otra cosa que de darnos una leccion práctica de lo poco que valemos, y de la necesidad en que estamos de pedir á Dios con instancia y sin interrupcion sus poderosos auxilios. Otro efecto admirable produce en nosotros la humildad, y consiste en que jamas nos exas-

peramos con las tentaciones por fuertes y continúas que sean del mismo género de las que háyamos cometido. San Gregorio dice: "Que algunas veces las tentaciones deshonestas, y ser molestados de pensamientos y movimientos malos, suelen ser rastros y reliquias de la mala vida pasada, pena y castigo de la libertad y mala costumbre antigua, y que entonces con lágrimas se ha de apagar este fuego, llorando muy bien lo pasado." En lo mismo conviene San Buenaventura, y por lo mismo nos aconseja que digamos entonces lo que los hermanos de José: *Con razon padecemos estas cosas, porque pecamos contra nuestro hermano*; y añade, que de este modo convertiremos en provecho nuestro las tentaciones, porque se mueven mucho á compasion sus piadosísimas entrañas al ver que reconocemos humildemente y sufrimos con paciencia el castigo de nuestros pecados. El diablo, en efecto, aun se abstendrá de tentarnos cuando sepa que las tentaciones nos sirven de motivo para formar acto de contricion.

De la humildad nace naturalmente otro preservativo muy eficaz contra aquellas, y es el conocimiento no solo general de nuestra debilidad, sino el particular respecto de nuestra complexion, génio, costumbres, inclinaciones, gustos, estado, profesion y todas las demás relaciones que tenemos en este mundo con los objetos que nos rodean. Este conocimiento especial es utilísimo, y algunas veces absolutamente necesario para precaver las tentaciones y para vencerlas. Conociendo el hombre con imparcialidad y sin preocupacion sus flancos, conoce igualmente los arbitrios con que deba fortalecerlos, tanto mas si dándole cuenta de aquellos á su director espiritual, lo ayuda éste con sus consejos y advertencias.

Grande auxilio es contra las tentaciones la presencia de Dios. *Buscad á Dios, y confortaos: buscad siempre su rostro, dice David*; y San Agustín entiendo por el rostro de Dios, su presencia. Mucho consuelo es para una alma saber que Dios la está viendo. De la presencia de Dios nacen todos estos buenos resultados: primero, que se escita nuestro temor considerando que si consentimos en la tentacion lo ofendemos, y puede si quiere castigarnos en el momento: segundo, se aviva nuestra vergüenza conociendo que por mas ocultos que sean nuestros pensamientos, si son malos y consentimos en ellos, tenemos de pecar precisamente ante la divina Magestad del Altísimo; y por lo mismo nunca podemos hacernos

cuenta de que pecamos á solas, pues tenemos siempre un testigo tan irreparable de nuestras acciones: tercero, alentamos nuestra confianza y fortificamos nuestro valor, como que sabemos que Dios nos está mirando, no por una simple curiosidad, ni menos con una fria indiferencia, sino por darnos la victoria: Dios se complace en ella, y no quiere ni desea nuestra ruina. ¿Con qué satisfaccion no pelearemos, procurando vencerlas para darle gusto y contando con su auxilio? Mientras mas oprimidos nos véamos por la tentacion, clamemos á su divina Magestad con mas instancia. ¿Qué complacido no quedará al ver la suma confianza con que lo invocamos, y el alto concepto que tenemos de sus poderosos socorros? ¿Nos los negará? ¡Ah, ciertamente que no!

Todos los medios indicados podemos adquirir, ó perfeccionar y aumentar con la oracion: ésta es como el resumen de cuanto hemos dicho; por ella hemos de ejercitarnos en la humildad, avivar la presencia de Dios, examinarlos con atencion para conocer bien nuestros flancos, y prevenir los remedios. Para obtener un resultado feliz, no debemos contentarnos en la oracion con propósitos generales de ser virtuosos, de resistir las tentaciones ú otras semejantes, sino que hemos de formar resoluciones particulares. Igualmente aprovechémonos de la meditacion que mas fuertemente obra en nosotros. Uno sabe, por ejemplo, que ninguna consideracion tiene tanto influjo sobre su espíritu como la pasion de Jesucristo, otro las penas del infierno, aquel el temor del juicio, éste el terrible trance de la muerte; pues apenas se insiníe la tentacion, al momento corramos á nuestra meditacion favorita: este es el modo eficaz y seguro de huir de las tentaciones. Porque debemos saber que hay algunas con las que nos conviene luchar para vencerlas; pero de las de la carne es necesario que huyamos. Así que, á un hombre dominado de la ira, será alguna vez muy conveniente que se proporcione algo con que se le escite para acostumbrar á dominarse; mas nunca debemos hacer lo mismo respecto de las de la carne: el principal vencimiento en estas consiste en huirlas: ésta es la gran batalla que hemos de sostener, no darles entrada. Ellas incessantemente estarán llamando á las puertas de nuestra voluntad; pero nosotros atrincherados en alguno ó algunos de los medios que hemos indicado antes, no debemos ni aun volver los ojos del alma para verlas.

Siendo esta nuestra obligacion, con mayor razon debemos esforzarnos á evitar las ocasiones, y todo aquello que de algun modo pueda excitar en nosotros algun pensamiento ó deseo impuro. De suerte que podemos reducir los arbitrios contra las tentaciones deshonestas, á dos: el uno, quitar cuanto pueda servirles de motivo para excitarse; el otro, tener á prevención medios para resistirlas cuando nos sorprendan sin culpa nuestra: los primeros pueden considerarse como negativos, los segundos como positivos; así como el general que defiende una plaza introduce dentro de ella, y tiene á mano cuanto puede servirle para defensa siempre que el enemigo se acerque ó lo sorprenda, y por fuerza procura quitarle todos los medios de subsistir, cegándoles las fuentes del agua, cortando ó quemando los pastos, derribando las chozas, haciendo impracticables las eminencias. Ademas, esos medios interiores de defensa con que nos preparamos al ataque contra las tentaciones, hacen tambien veces de esteriore en cuanto que impiden la entrada á la tentacion. Ocupada nuestra alma de una idea, no es fácil que admita otra. Con este objeto no debemos dedicarnos á la oracion solamente el tiempo que empleamos en ella, sino prolongarla de algun modo de dia y de noche. Por ejemplo, meditamos en la muerte, pues propongámonos en la oracion estar recordando continuamente aquella idea que mas impresion ha hecho en nosotros al tiempo de la meditacion.

DÍA VEINTE Y CUATRO.

La Natividad de San Juan Bautista.

Así como la Iglesia celebra el nacimiento del hijo de Dios, por que en ese feliz dia apareció ante los hombres en carne mortal y pasible, y el de su Santísima Madre, como la aurora del de este Sol de justicia; así ha querido tambien, por una escepcion particular, solemnizar la natividad de San Juan Bautista, tanto por haber sido santificado desde el vientre de su madre de un modo muy especial, como por el oficio augusto á que habia sido destinado, de Precursor del Redentor del mundo. Este dia es uno de los mas grandes del cristianismo; y segun dice San Bernardo, aun los mismos gentiles

lo celebran con singulares muestras de regocijo. Antiguamente precedía un ayuno de catorce días á esta solemnidad y aun se celebraban el día de hoy tres misas, para distinguirlo de una manera particular.

La historia de este nacimiento se halla descrita en el Evangelio en los términos siguientes. Zacarías, anciano sacerdote de la ley antigua y de la familia de Abía, estaba casado con Isabel, prima de la Santísima Virgen, y ambos consortes estaban justificados en la verdadera virtud. No habían tenido ningun hijo en su matrimonio, por cuanto Isabel era estéril, ni les había quedado esperanza de sucesion por su avanzada edad. Sucedió, que tocando á Zacarías su turno en las funciones del sacerdocio, entró al templo del Señor una tarde á ofrecer incienso, quedando entre tanto fuera todo el pueblo orando mientras aquel acto. Hallándose ante el altar, se le presentó el arcángel San Gabriel á la derecha del mismo, lo que turbó mucho á Zacarías, dejándolo lleno de temor. Anuncióle el ángel tendria su muger un hijo, grande delante del Señor, cuyo nacimiento sería motivo de general alegría; que su vida sería el modelo de la austeridad, y su destino, como el de Elías, convertir los hijos de Dios, y preparar al Señor un pueblo digno de él. Zacarías, titubeando al oír estas palabras, hizo presente al celestial mensajero su ancianidad, no menos que la de su esposa; á lo que el ángel, como una prueba de la certeza de su dicho, le contestó quedaría mudo hasta que el niño naciera. Así sucedió; y Zacarías perdiendo al momento el habla, salió del templo mudo, con asombro de todo el pueblo, que en su tardanza reconoció haber tenido alguna vision; y concluido el tiempo de su turno en el santuario, regresó á su casa, y á poco tiempo concibió Isabel.

Seis meses contaba ya ésta de embarazada, cuando la Madre de Dios, que ya tenía en sus virginales entrañas al Verbo Eterno, pasó á las montañas de Judea á visitar á su prima, y al momento que entró en su casa y la saludó, el feliz niño quedó santificado, y llena su alma de regocijo dió saltos de placer en el vientre de su madre, la cual tambien quedó llena del Espíritu Santo.

Cumplido el tiempo natural del preñado, nació el niño, y como á los ocho días se dispusiese circuncidarle, tratábase de ponerle el mismo nombre de su padre. Preguntada Isabel sobre esto, declaró no debía llamarse sino Juan, y como los parientes rehusasen poner-

le así, ocurrieron á Zacarías, manifestándole la estrañeza de su muger. Entonces, pidiendo este una tableta de las que usaban para escribir los antiguos, puso de su puño: *Juan es su nombre*; el mismo que le había anunciado San Gabriel. Al momento con asombro de todos, entonó aquel dulce y tierno cántico, *Rendido sea el Señor Dios de Israel, &c.* en que publicando su gratitud al Todopoderoso, por las infinitas misericordias con que distinguía al pueblo de Israel, anunciaba los futuros destinos de su hijo, la proximidad de la redencion de su pueblo, y de la conversion de los gentiles que se hallaban en las tinieblas, asentados en la sombra de la muerte.

El niño, continúa el Evangelio, crecía y se fortificaba su espíritu; retirándose al desierto, donde permaneció preparándose al desempeño de su mision, hasta el día que debiera manifestarse á Israel. Su vida en este sitio fué la mas abstinentes y mortificada, y de ella nos dicen Orígenes y San Gregorio: "Retiróse San Juan al desierto, donde se respira aire mas puro, los cielos están mas descubiertos y Dios es mas familiar; para que mientras llegaba el tiempo de su predicacion, pudiera emplearse orando en compañía de los ángeles.—Ni la ternura, ni las riquezas de sus devotos padres pudieron detenerle en su opulenta casa en medio de los peligros del mundo. Vivía en el desierto, y se desdénaba de ver otra cosa con los ojos que habían visto ya á Jesús. Su vestido era áspero y grosero, su comida langostas y miel silvestre; todo lo que es muy conducente á la virtud y á la continencia." Hé aquí el espíritu de la oracion; penitencia y desprendimiento de las cosas terrenas con que debemos los católicos preparar nuestro corazón para recibir las gracias que Dios se sirva concedernos para el cumplimiento de nuestras respectivas obligaciones; y pues la Iglesia en este día tan solemne por el nacimiento de San Juan Bautista, convida á todos los fieles á los espirituales regocijos, procuremos tambien por la imitacion de tantos ejemplos, proceder con ánimo y constancia por el camino de la vida eterna.

La Epistola es del capítulo XLIX de Isaías.

Oíd, islas, atended, pueblos distantes. El Señor me llamó desde el vientre de mi madre, y desde su seno declaró mi nombre. E hizo mi boca como una aguda espada; bajo la sombra de su mano me cobijó: é hizo de mí como una saeta bien afilada, y me ha té-

nido guardado dentro de su aljaba. Y díjome: Siervo mio eres tú, ó Israel, en tí seré yo glorificado. Y ahora el Señor que me formó siervo suyo desde mi concepcion, dice: Hé aquí que yo te he destinado para ser luz de las naciones, á fin de que tú seas mi salud hasta los últimos términos de la tierra. Los reyes y los príncipes se levantarán al verte, y te adorarán por amor del Señor, y por amor del Santo de Israel que te escogió.

El Evangelio es del capítulo I de San Lucas.

Le llegó á Isabel el tiempo de parir, y dió á luz un hijo. Supieron sus vecinos y parientes la gran misericordia que Dios le habia hecho y la daban parabienes. El día octavo fueron á la circuncision del niño, y llamábarle Zacarías como á su padre. Pero su madre oponiéndose, dijo: No por cierto, sino que se ha de llamar Juan. Y la dijeron: ¿No ves que nadie hay en tu familia que tenga ese nombre? Al mismo tiempo preguntaban por señas á su padre cómo queria que se llarnase. Y él pidiendo la tabilla de escribir, escribió así: Juan es su nombre. Lo que llenó á todos de admiracion. Y al mismo punto recobró el habla y uso de la lengua, y empezó á bendecir á Dios. Con lo que un temor se apoderó de todas las gentes comarcanas, y divulgáronse todos estos sucesos por todo el pais de las montañas de Judea. Y cuantos los oian les meditaban en su corazon, diciéndose: ¿Quién pensais ha de ser este niño? Porque la mano del Señor estaba con él. Además de que Zacarías su padre quedó lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo: "Dios Bendito sea el Señor, de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo."

MEDITACION.

Sobre los bienes que debemos á la humanidad de Cristo.

Considera que aunque en Jesucristo es una la persona, que es la del Hijo de Dios; y aunque su humanidad sacrosanta jamas subsistió por sí sola, sino con la subsistencia del Verbo Divino, conviene muchas veces á la piedad y devocion contemplar lo que debe á esta humanidad, esto es, á Cristo en cuanto hombre; porque no hay duda en que el hijo de Dios, por el inmenso amor que nos tiene, nada reservó ni dejó de emplear en beneficio nuestro. Así

es que de su humanidad sacrosanta hizo un don para nosotros, del cual pudiéramos aprovecharnos en cuantas maneras fuera dable. Abstraigámonos de contemplarla sacrificada por nuestra redencion en el ara de la cruz; no consideremos la fineza que hizo en tomar una humanidad pasible y mortal, para poder padecer y morir por nuestro bien; y veámosla solo bajo de otros aspectos, ¿no es cierto que por esta humanidad nos ha hecho inmensos beneficios? ¿Qué dirémos de haber ennoblecido tanto nuestra naturaleza, que por la que tomó de nosotros nos haya hecho consanguíneos de la divinidad? ¿Qué dirémos de haber exaltado tanto á su humanidad, que traída al sér de Dios, la haya sentado á la diestra del Padre, no porque en cuanto hombre sea igual al Padre, sino porque el Hijo, que por todo le es igual, es Dios hombre, y jamas deja lo que una vez tomó; ántes bien, exalta y glorifica á su humanidad, cual corresponde á una humanidad en que la persona es la del mismo Hijo de Dios? ¿Y qué gloria hay en Cristo que no redunde en nosotros? El es nuestra cabeza y nuestro hermano, y nosotros participamos de sus bienes, y entramos á la parte en su herencia.

Considera que á mas de lo dicho, podemos contemplar á la humanidad de Cristo como un instrumento conjunto á la divinidad, y por lo mismo propio para hacernos beneficios de gran tamaño y de un mérito incalculable. En ella fueron benditas todas las generaciones, como estaba anunciado; de ella salia una virtud que sanaba á todos, como dice el Evangelio. En ella está el mérito que obra en los sacramentos; y por ella pedimos, y por ella alcanzamos los auxilios de gracia y demas bienes naturales y sobrenaturales de que tenemos necesidad. Por eso la llaman los teólogos *causa instrumental conjunta* á la divinidad; y es por lo mismo la causa moral de la gracia con que el Señor nos santifica. ¿Pues qué mas puede haberse menester para que nos reconozcamos deudores de asombrosos beneficios á la humanidad de Cristo, esto es, á Cristo en cuanto hombre? ¿Qué pudo hacer que no hiciera por nuestro bien? Y en lo que hizo, ¿qué mas pudo beneficiarnos que no nos beneficiara? Reconozcamos, pues, nuestra deuda, y procuremos corresponder como es debido á tantos beneficios.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Verdaderamente justo y digno es, debido y saludable que nosotros os alabemos y demos gracias, Dios Omnipotente, supremo benefactor nuestro, porque en la sacrosanta humanidad de vuestro Hijo divino, nos habeis dado un medio incomparable de toda bendición, con que apartando de nosotros los males, alcancemos los bienes temporales y eternos. Yo os bendigo y glorifico por esta vuestra paternal providencia, y propongo arreglar mi conducta de manera, que aprovechándome del bien que me haceis, en ello os manifieste mi reconocimiento.

JACULATORIA.

Yo siempre me gozaré en mi Dios, y me regocijaré en Jesus mi Salvador.

LECCION.

En que concluyen las anteriores, sobre los remedios contra las tentaciones.

Hemos de satisfacer en esta ó en la otra vida la pena de los pecados que háyamos cometido. ¡Qué medio tan fácil encontramos para hacerlo en ésta, venciendo las tentaciones que Dios permite que nos mortifiquen! de suerte que con la lucha generosa que sostengamos contra ellas, conseguimos á un mismo tiempo satisfacer por nuestras culpas pasadas, recibiendo como en castigo de éstas las incomodidades que aquellas nos causen; merecemos para con Dios, y aprovechamos en la ciencia y práctica de la virtud. ¡Ved qué resultados tan apreciables podemos sacar de nuestro combate! Es necesario por tanto, que aprendamos bien el arte de hacer la guerra á los enemigos de nuestra alma. Dijimos en la leccion de ayer, que la oracion era como el resúmen de todos los medios de que podiamos servirnos para vencer las tentaciones; y que para que aquella tuviera toda su eficacia, no habiamos de ceñirnos á meditar solamente el tiempo que dedicáramos á la oracion, sino que habiamos de procurar continuarla entre dia. De este modo nuestra oracion será permanente. Una vez que nos acostumbremos á este

modo de orar, será muy difícil que los malos pensamientos tengan entrada en nuestra alma.

Para que comprendamos bien este punto, y no creamos que lo que hemos asentado es una cosa sumamente difícil, cuando por el contrario es bien fácil, observemos lo que nos pasa con bastante frecuencia en materias profanas. Vemos una comedia que nos gusta; leemos una novela ó historia que nos interesa, y por muchos dias tenemos vivos en nuestra memoria los principales pasajes que han llamado nuestra atencion: repetimos continuamente periodos enteros de lo que hemos oido ó leído; aplicamos los nombres de los personajes y de los lugares en que han pasado las escenas á las personas con que tratamos, y á los sitios en que vivimos; á cada paso hacemos alusiones sobre cualquier cosa que tenga alguna semejanza con las acciones fingidas. En fin, muchas personas, principalmente del sexo femenino, tendrán esperiencia de que á veces llegan á hacer tanta impresion en su fantasia las comedias y novelas, que no pueden recoger su atencion ni aun para hacer los actos de virtud á que están obligadas, ó que practican voluntariamente á pesar de que tengan intencion de no distraerse, como al tiempo de oír misa ó rezar sus devociones. Pues esto propio que nos sucede con los pensamientos profanos respecto de los espirituales, ha de ser lo que procuremos que nos suceda con éstos respecto de aquellos.

Todo depende de la preparacion con que recibimos á los unos y á los otros. Para los profanos se presta nuestra alma fácilmente, les abre los brazos y los estrecha en su seno: esa alegría y buena disposicion con que los acoge, es la que fija en ella con tanta fuerza sus vestigios. Por el contrario, en los actos de virtud y acaso principalmente cuando se trata de meditar y tener oracion, el alma se asusta, le parecen esos ejercicios poco gratos, penosos y quizá impracticables. En lugar de abrirles los brazos, hace como que se retire, y los ve solamente al soslayo. Nos ponemos á meditar con esta mala disposicion, estamos inquietos, perturbados, y como violentos en la oracion: luego que concluye el tiempo que hemos dedicado á ella, salimos de su ejercicio como de un poste á que se nos hubiera tenido atados. En vez de saborearnos en las verdades que nos han servido de materia para la meditacion, así como nos saboreamos en las ficciones de la novela que acabamos de leer,

procuramos buscar otras ideas que nos diviertan y entretengan, y quiten á nuestra alma aquel aire sombrío que ha tomado: ¿Estrañaremos que haga la oracion tan poca impresion en nuestra alma? No la veamos con espanto, entremos en ella con gusto, y obtendremos unos resultados verdaderamente felices.

Por iguales causas á las que hemos insinuado acerca de la oracion, nos es casi inútil el uso de la leccion espiritual que tambien es un remedio contra las tentaciones: acaso el poco provecho de aquella consiste en lo mal que usamos de ésta. Leemos las vidas de los Santos con el mismo espíritu que las novelas, es decir, únicamente por entretenimiento. Buscamos no mas aquellas acciones extraordinarias que nos sorprenden; pero no admiramos ni el poder de la gracia, que da esfuerzo á los mártires para sufrir tormentos, cuya sola narracion horroriza, que da constancia á los anacoretas ó religiosos para vivir en un desierto ó en un claustro por muchos años en continuos ejercicios de una penitencia asombrosa; que á las vírgenes tiernas y delicadas hace enteramente insensibles á los placeres de los sentidos. Si la leccion es, no de libros históricos, sino morales ó ascéticos, puede ser que no fijemos nuestra atencion en la quinta parte de lo que leemos. Mecánicamente estamos con los ojos en el libro, y del mismo modo pronunciamos lo que vemos escrito, como si estuviéramos leyendo en un idioma que no entenderíamos. Nuestra alma está muy lejos de la lectura. Acaso está ocupada en las comedias y novelas que hemos leído con gusto, y aun puede ser que en esas mismas tentaciones que estamos ahora enseñando á combatir. La leccion es la que suministra materia para la meditacion: ¿cómo podremos desempeñar bien ésta, cuando preparamos mal aquella? ¿Qué sentencias, qué máximas, que afectos han de quedar en una persona que despues de leer, no puede dar razon de lo que ha leído? Pero pasemos ya al último é indispensable arbitrio de vencer y precaver las tentaciones.

Este no es otro que la mortificacion de los sentidos. Al oír esta proposicion, nos asustamos; ya parece que se nos van á mandar ayunos á pan y agua, sangrientas disciplinas, cilicios ásperos; por cama el duro suelo y por abrigo la desnudez, espuesta á las injurias del tiempo. No, no nos alarmemos; no es eso lo que queremos dar á entender ahora por la palabra mortificacion. Esta puede ser de dos maneras, positiva y negativa: la primera consiste en hechos

con que mortificamos nuestros sentidos; la segunda, en privaciones únicamente: con aquella les causamos una sensacion desagradable: con ésta solo procuramos no darles todo el gusto que apetecen. La mortificacion positiva es muy útil, pero no es siempre necesaria. La negativa sí lo es, porque será casi un milagro permanente que no caiga á veces el hombre no guardando sus sentidos. Así nos lo enseña San Ambrosio, donde dice: "Estar continuamente con muger y no incurrir en algun pecado, ¿no es una cosa mas grande que resucitar á un muerto? Que aquello sea menos que ésto, no puede ser; que ésto sea mayor que aquello, apenas lo creeré. Diariamente un jóven á tu lado en la mesa; su lecho y el tuyo en una misma recámara, tus ojos fijos en los suyos en la conversacion, tus manos junto á las suyas en las acciones que se ofrecen, ¿y te crees contiente? Lo serás; pero yo sospecho mucho que no lo seas."

Esta doctrina de San Ambrosio debe servirnos de voz de alarma para estar siempre vigilantes en la guarda de nuestros sentidos, y principalmente en el de la vista. Apenas hay cosa mas recomendada en la Escritura que la mortificacion negativa de ella. Job nos dice: *He celebrado un pacto con mis ojos, de ni siquiera pensar en una virgen. En el Eclesiástico leemos: Aparta tus ojos de la muger ataviada, y no mires curioso la hermosura ajena.* Una sola mirada bastó á Siquen para enamorarse de una jóven, violarla, y atraer sobre él y sobre su pueblo la destruccion; una sola mirada fué suficiente para derribar á David, vencedor de gigantes. ¿Pero para qué es cansarnos en demostrar una verdad de que tenemos por testigos á nuestra propia conciencia y esperiencia? ¿Y podremos ser castos sin mortificar los ojos? No queremos decir que nos propongamos no ver jamas rostro de muger, ni la muger de hombre, como se sabe de algunos Santos y Santas. Si lo hiciéramos, seria muy bueno; mas no exigimos tanto. Nos contentamos con que no siga nuestra vista á un objeto menos honesto, ni se fije con curiosidad ó frecuencia en el honesto; porque de lo contrario convenimos con San Ambrosio, en que solo por un milagro no caeremos. En efecto, ¿cómo no hemos de caer cuando en lugar de escasearle el cebo, se lo ministramos con abundancia? Apenas hay muger hermosa que no veamos con la mayor atencion. Buscamos las concurrencias públicas sin exceptuar los atrios de los templos y aun su interior, para hartar nuestros ojos con la hermo-

sura. ¿Será posible que alguna de tantas como vemos diariamente no haga alguna impresion en nosotros? ¿El demonio se dormirá, descuidando de valerse de un medio tan eficaz para excitarnos tentaciones vehementes? Responda nuestra conciencia á estas preguntas.

Lo mismo que decimos de la vista, es aplicable á los demas sentidos y diversiones. No es prohibido regalar alguna vez con moderacion el gusto. ¿Pero podremos andar de banquete en banquete llenándonos de licores espirituosos, oyendo por lo regular palabras de galantería, sin que nuestra carne sienta el menor movimiento? No se necesita un milagro para que esto no suceda? Cansados con el trabajo buscamos el desahogo en la lectura de una historia divertida; pero si nos entregamos inmoderadamente á la lectura de novelas, aunque sean honestas, y nos llenamos la cabeza de escenas amatorias, ¿no será necesario otro milagro para que nuestra fantasia alguna vez no se acalore y nos suscite alguna tentacion? No nos cansaremos en numerar las demas diversiones que halagan á nuestros sentidos, porque las aplicaciones que puedan hacerse, son tan claras, que no necesitan mas que de abrirles el camino, como se lo hemos abierto con lo dicho. Cerremos nosotros del mejor modo posible aquellos por donde pueda venir la tentacion, y vencidas éstas, marcharemos sin trabajo por la senda de la virtud.

—————●●●●—————

DIA VEINTICINCO.

Stas. Febronia y Lucía vírgenes y mártires.

SANTA FEBRONIA.

En Sibápolis de la Siria, entré el tercero y cuarto siglo de la Iglesia, en tiempo de los emperadores Dioclesiano y Maximiano, había un monasterio de religiosas, cuya virtud edificaba aun á los mismos gentiles, y al que gobernaba como superiora la que tenia por nombre Briena. Esta habia criado desde su mas tierna edad á una sobrina suya llamada Febronia, objeto de la presente festividad, la cual habia tomado tambien el velo y consagrádose con los votos monásticos por esposa de Jesucristo. Habíala dotado el cielo de una hermosura muy singular; mas como ella siempre vi-

via en el retiro ocupada en las prácticas de su austera profesion, entregada constantemente á las mayores austeridades, deseando solamente agradar á Dios, nadie habia logrado verla, á pesar de las mayores diligencias que para este fin se habian hecho.

Sin embargo de este cuidado que ella ponía en ocultarse, y su tia en que no fuese conocida, una ilustre matrona llamada Hieria logró satisfacer su curiosidad, entrando al monasterio en calidad de monja forastera, y habiendo tratado con nuestra Santa, se quedó asombrada de reconocer que era mayor la hermosura, la pureza y la simplicidad prudente de la alma de Febronia, que toda la belleza corporal que la fama divulgaba de ella; y de tal suerte fué movida por sus dulces palabras, su modesto continente y las gracias celestiales que manifestaba en su conversacion, que Hieria, que era pagana y solo pensaba en los placeres del mundo, no solo se convirtió al cristianismo, sino que resolvió huir del siglo y entregarse toda al servicio de Dios; confesando despues haber debido la gracia de su conversion al incomparable mérito de aquella ilustre vírgen.

Poco tiempo despues estalló la persecucion del cristianismo con la llegada á Sibápolis del prefecto Lisimaco y su tio Seleno, comisionados para llevar al cabo los crueles edictos de Dioclesiano y su colega. Sumamente consternados los cristianos, huían por todas partes á guarecerse en los montes; el mismo obispo tomó esta resolucion por no abandonar á los fugitivos, y no pocas religiosas lo siguieron para ocultarse en su compañía. Entretanto, la prelada, Febronia y otras monjas, animadas del amor divino, y deseando derramar su sangre por su celestial esposo, permanecieron firmes en el monasterio sin el menor temor á ninguna clase de peligros.

Habiendo llegado á noticia de Seleno que se hallaban esas religiosas en su monasterio, mandó á una turba de soldados para que lo registrarán. Forzaron éstos la puerta, y entrando á los claustros, se les presentó la prelada, á quien iban á degollar, cuando arrojándose á ellos Febronia los contuvo, pidiéndoles fuese ella la primera víctima que sacrificaran. A ese tiempo entró Primo, general de las tropas, y admirado del valor y de la hermosura de la santa, contuvo á los soldados; los echó fuera y aseguró el monasterio; y dando parte á Lisimaco de la belleza de la don-